

LA CASA DE PROBABACIÓN DE SAN LUIS DE LOS FRANCESES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

El conjunto de libros conservados en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla procedentes del Noviciado de San Luis es de 238 libros, cifra que ha de considerarse incompleta y provisional, pues puede haber ejemplares que no hayan sido identificados por carecer de marca de procedencia, y deben sumarse además las posibles pérdidas que se pudieron producir en el periodo convulso, anterior a la reunión de los libros del Noviciado y de los otros colegios jesuíticos. Todas sus bibliotecas fueron llevadas al edificio de la Casa Profesa, tras la expulsión de la Orden, dispuesta por el rey Carlos III el 2 de abril de 1767, en virtud de una falsa razón de Estado.

Entonces, el edificio de la Casa Profesa pasó a ser ocupada por la Universidad de Sevilla, poco tiempo después de la expulsión. Asimismo, en una instrucción del conde de Aranda, se decía que:

«donde quiera que hubiese universidades, podrá ser útil agregar a ella los libros que se hallaren en las casas de la Compañía situadas en los mismos pueblos».

Y en otra disposición de 1767 se afirmaba que:

«debiendo la instrucción pública llevar la primera atención, teniéndose presente a las Universidades que lo necesiten en cuanto aplicación de edificios, como tengo resultado a las de Granada y Sevilla; quedando para universidades seculares los varios Colegios que con este destino tenían en mis dominios de Indias, sin que puedan aplicarse con ningún motivo a regulares, bajo mi autoridad y de las reglas que convenga añadir o aclarar para bien público, sobre que también darán mi Consejo en el extraordinario las Ordenes convenientes».

No es el momento de entrar en detalle sobre los motivos de la expulsión, acontecimiento ya ampliamente estudiado. Desde algunos años antes, los jesuitas habían captado, en las universidades y círculos intelectuales españoles, la enemistad de los "manteistas" defensores de la reforma de los estudios universitarios, quienes para destruir la hegemonía de la Compañía en la enseñanza superior la acusaron de instigar el motín de Esquilache y de defender la teoría del regicidio.

No obstante debemos recordar que en el siglo XVIII la Compañía, desde el punto de vista docente, protagonizó, antes de su expulsión, uno de los escasos intentos de revitalizar la enseñanza superior, con la creación de los Seminarios de Nobles. Esta iniciativa, que quedó frustrada en España por la expulsión, tuvo reflejo en todos los países de Europa a partir de los últimos años del siglo XVII y dio lugar en algún caso a nuevas instituciones universitarias, como en Halle en Alemania. Además, en el reino de España el otro intento de revitalizar la enseñanza superior se dio en las propias universidades, durante la primera mitad del siglo XVIII, si bien también en este caso lo protagonizó en la Universidad de Salamanca la figura del jesuita Luis Losada, o bien en otro caso como el ocurrido en la Universidad de Cervera, controlada asimismo por la Compañía de Jesús.

La Casa de Probación

El origen y existencia del conjunto de libros procedentes de la biblioteca de San Luis de los Franceses de Sevilla, está directamente relacionado con el fin fundacional del Noviciado de la Compañía de Jesús. La instrucción de los jesuitas, aún en nuestros días, en los casos más

extremos llega a alcanzar los quince años de duración. Este largo periodo de instrucción siempre se aborda antes de hacer el compromiso definitivo, los “Últimos Votos”.

La vida en la Orden comenzaba con un periodo de probanza, el cual se concebía como discernimiento vocacional y para profundizar en todo tipo de experiencia, que permitiesen entender mejor «*la gente y el mundo que Dios ama*». Por eso, estaba previsto que en todas las etapas de formación, los estudiantes jesuitas dedicaran tan largo tiempo a las diversas materias, en ocasiones incluso conocimientos marginales, y principalmente aprendieran a escuchar antes de hablar por cuenta propia, o como mejor decían «*por cuenta de Dios*».

El largo camino del discernimiento podía empezar muy pronto, pues para ser admitido en la Compañía de Jesús, el aspirante debía ser mayor de catorce años cumplidos. Y antes de entrar en el noviciado, se requería un tiempo de acompañamiento personal en el que el candidato pudiese verificar si el deseo que sentía de entregarse a Dios, coincidía con la vocación de jesuita. Ese acompañamiento personal, que no ha variado con el paso de los siglos, junto con una serie de elementos de formación, formaba parte del prenoviciado, que duraba cerca de un año. Al final del periodo, el candidato y la Compañía discernían si podía o no comenzar el noviciado, siempre después de haber superado la Primera Probación que duraba entre 12 a 20 días.

Fines del Noviciado

Tras la Primera Probación comenzaba su práctica de vida comunitaria en la Compañía, permaneciendo durante dos años en el Noviciado. De todo este proceso de formación y de sucesiva incorporación en la orden, en la Compañía se entendía que el Noviciado era la “pupila de los ojos de la provincia” en este caso de la Bética.

El objetivo del mismo era, y sigue siendo en nuestros días:

«discernir la vocación –el novicio y la Compañía juntamente – mediante un periodo de iniciación, probación y formación, que la clarifique y confirme». (Ord. Nacional de Formación, 35).

En el noviciado se pretendía que la persona que quisiera ser jesuita confirmase su vocación, viviendo ya como jesuita, y realizando actividades con las que los jóvenes novicios recibían el primer contacto con la vida de religioso y una pequeña parte de su larga y profunda formación, en lo que ocuparían muchos años de su vida en la Compañía. Aunque el noviciado no era específicamente un tiempo de estudios.

Esta etapa de Noviciado tenía por objeto establecer ante el novicio los fundamentos principales de la espiritualidad jesuítica. Además de que viviendo ya en el interior de la Compañía, pudiese confirmar que estaba seguro de que aquél era el camino para el religioso y si el sujeto coincidía con los fines de la Compañía. Periodo en el que se le ayudaba a profundizar en la oración con Dios, a madurar y a conocer y a aprender a querer a la Compañía, en la que había decidido entrar.

Un maestro acompañaba al joven durante su estancia en el Noviciado y su ayuda se creía indispensable para el discernimiento de la vocación. Novicio y maestro tenían una charla semanal, en la cual el novicio expresaba sus progresos en su vida de oración, también sus avances y dificultades personales, y comunitarias, todo ello en un clima de confianza.

En esa formación general eran muy importantes los libros, no sólo la literatura devocional, sino también las obras de retórica, así como los rudimentos de la mayoría de los conocimientos. En definitiva, en el Noviciado se atendía a dar la formación primaria a los futuros sacerdotes y

hermanos. Estos últimos religiosos que nunca serían sacerdotes, una vez esclarecida su vocación, comenzaban ya en el noviciado a formarse en distintos conocimientos profesionales, algunos de ellos de gran peso científico o técnico como era la medicina, la astronomía o la arquitectura.

En el Noviciado se seguía un estilo de vida cuanto más sencillo, mejor. Por ello, los novicios dedicaban todos los días un tiempo para limpiar la casa. Y por turnos, ayudaban en la cocina, o a servir la mesa, a fregar, y en los servicios litúrgicos. Además de desempeñar distintas responsabilidades: distribuidor o distributario (novicio encargado de distribuir las tareas entre todos), encargado de la ropa, bibliotecario, ayudante del comprador, capilla, materiales de procura, animales de carga, encargado de almacén, escritor del diario de la casa, responsable de los huéspedes. En la Compañía, como en las más austeras órdenes religiosas, se hacían las tareas domésticas entre todos, lo cual expresaba un modo de vida sencillo y la responsabilidad en el cuidado y uso de las cosas indispensables, inclinado a servirse de las cosas no como propias, sino como pertenecientes a todos, y con actitud de desprendimiento material.

En el tiempo de Noviciado además de recibir la necesaria instrucción espiritual, eran sometidos a determinadas pruebas encaminadas a distinguir si se adaptaban a la vida común y a las exigencias religiosas de la Compañía. La experiencia del noviciado y la formación recibida terminaba con la confirmación, por parte del novicio, de la certeza de su vocación; y si la Compañía lo considera apto, le permitía profesar o hacer los “Primeros Votos” de perpetua pobreza, castidad y obediencia. Estos se podían hacer sólo tras superar la Segunda Probación, y si la pasaban podían hacer esos “Votos del Bienio”.

Terminada esa fase abandonaban el edificio del Noviciado y se dispersaban por los distintos conventos y colegios, donde se formarían como sacerdotes unos o se vinculaban a la Compañía como hermanos legos los otros. Estos últimos se formaban para el desempeño de alguna profesión, formación que algunos adelantaban ya en el Noviciado y otros atendían después de haber hecho el “Voto del Bienio” como hermanos.

La hagiografía y los símbolos: otra vía para enseñar modelos de vida en la Casa de Probanza

La primera capilla del Noviciado se hundió parcialmente en torno a 1695, y aunque de ella nos quedan algunos testimonios escritos, no son muy completos, y por ello nos resulta más interesante analizar el programa iconográfico y simbólico de la segunda iglesia, la cual ha llegado hasta nuestros días con un conjunto no transformado, y en el cual los responsables de la Compañía presentaban una completa declaración de fines y modos ante todos los adolescentes y jóvenes novicios que constantemente acudían a los oficios divinos en aquel singular espacio. La nueva iglesia comenzó a edificarse el 14 de agosto de 1699, cuando se colocó la primera piedra, y en ella trabajaron los mejores artistas del momento: Leonardo de Figueroa y colaboradores, Pedro Duque Cornejo; Lucas Valdés, y otros importantes colaboradores.

Por el carácter docente de la institución del Noviciado, como por la idiosincrasia de la Compañía de Jesús, se vieron obligados a cuidar muy especialmente los contenidos simbólicos y hagiográficos en un cuidado programa iconográfico, el cual hicieron que estuviera indisolublemente unido a la estructura del edificio y que sus principios básicos se extendieran también en la totalidad de la casa. En el edificio se manifiestan dos principios estructurales que son el orden salomónico como emblema del Templo de Jerusalén y la rotonda como recuerdo del primer noviciado romano jesuita en San Stefano il Rotondo, estructura martirial de planta centrada que estuvo presente en los proyectos de templos de la mayoría de los noviciados de la Compañía desde finales del siglo XVI. En el interior de la cúpula se representó una exaltación de la Eucaristía que incluye el ajuar litúrgico del Templo de Salomón, además del Arca de la

Alianza decorada con un ramillete de espigas en alusión a la Eucaristía, quizá todo ello recordando la pretensión de San Luis Rey de Francia de conquistar Jerusalén.

Más abajo, en el interior de la cúpula, ocho columnas salomónicas sirven de pedestal a cada una de las ocho figuras alegóricas de las virtudes cristianas (Amor a Dios, Religión, Amor al Próximo, Castidad- Oración, Humildad, Mortificación, Obediencia, y Pobreza), que actúan de soportes visuales en los que se asienta la Jerusalén Celeste, el culto a la Eucarística y el propio sacerdocio.

En la zona baja del tambor se dispusieron los santos fundadores de las más importantes órdenes religiosas, como alternativas de vida religiosa que pueden seguir los novicios.

Ya en el punto central del espacio, donde se elevó el retablo mayor, hay un contenido sintético en el que está presente la Eucaristía, la Virgen María y el titular de la iglesia San Luis Rey de Francia, rodeado por un conjunto diverso de santos, estos últimos dando muestra de la experiencia evangélica, el sacrificio y el martirio.

En el resto de la planta baja se encuentra una nutrida muestra de los más selectos representantes hagiográficos de la Compañía, a ambos lados del retablo mayor San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, quienes encarnan el carisma fundacional de la reflexión y la acción misional. San Francisco de Borja impulsor de los primeros noviciados. Por último, y muy a propósito para la consideración de los jóvenes novicios, la presencia de los santos casi adolescentes de la Compañía, como modelos de vida: San Luis Gonzaga recordado con las virtudes del estudiante cristiano ejemplar, y San Estanislao de Kostka, modelo ideal de novicio, quienes junto a San Juan Berchmans forman los modelos juveniles de entrega a la vocación. Por último San Juan Francisco de Regis quien encarna la entrega extrema y la caridad heroica. Todo se construyó siguiendo el principio ignaciano: “Ad majorem Dei gloriam”.

La fundación del Noviciado de San Luis

En el caso del Noviciado de San Luis de Sevilla estaba exclusivamente dedicado en menor medida a la primera probación de aspirantes y principalmente a la segunda probación de los novicios de todo el territorio de la Bética.

El fundador inicial del Noviciado de Sevilla fue Juan Fernández de Castro y su esposa Luisa de Medina, proveedor general de las cosas de guerra, según se contiene en un fragmento de la relación histórica de la propia casa (A.H.N. Sec. Clero-Jesuitas/Leg. 677). En el testamento del fundador fechado en 1599, se exponía con gran vehemencia en la difusión del Evangelio, que cedía todos sus bienes libres a la Compañía para la fundación de un Noviciado. El fundador, nacido en una familia de conversos, era hermano de tres jesuitas. Debemos recordar que su hermano Melchor de Castro, siendo catedrático en el Colegio de San Hermenegildo de Sevilla, escribió al general Aquaviva exponiendo sus argumentos contra la exigencia de la limpieza de sangre en la Compañía, cuando desde 1593 se excluyó la entrada a la Compañía de conversos y descendientes de judíos. La fortuna puesta a disposición del futuro Noviciado no resultó ser suficiente por lo que su viuda doña Luisa de Medina donó además, el año 1600, otros mil ducados de su dote matrimonial. Con estos bienes la Compañía buscó de inmediato un emplazamiento para el noviciado, y se inclinaron por una casa, la principal vieja del Adelantado Mayor de Castilla, el duque de Alcalá, la cual se habían quedado sin moradores desde que en 1483, la familia había sustituido esta casa por un nuevo palacio, el de la casa de Pilatos¹:

¹ La escritura de venta se firmó ante el escribano público Marco Antonio de Alfaro, el 7 de enero de 1602, y lo firmaron el duque de Alcalá, menor de edad y la marquesa de Tarifa como tutora.

«Se procuró buscar algún sitio que fuese a propósito para el fin que se pretendía de la educación y crianza de los novicios... se resolvió que el que era mas a propósito para el noviciado eran las casas principales del duque de Alcalá que están junto a la parrochia de Santa Marina».

Bajo la dirección del hermano del fundador, primer rector y verdadero promotor de la institución don Alonso de Castro, se acondicionó la casa en sólo tres meses. Según la relación histórica de la propia casa (A.H.N. Sec. Clero-Jesuitas/Leg. 677) estuvieron desde el principio bien definidos los espacios y sus funciones:

«La capilla de pláticas, el refectorio, y las demás oficinas y habitaciones para 50 sujetos...»

La toma de posesión de la Casa fue el 7 de julio de 1603, día de la Visitación de la Virgen, sin embargo y pese a la costumbre jesuita de recordar tal día como fiesta de “posesión y fundación”, se transfirió a la festividad de San Luis Rey de Francia, en honor del patrono devocional de la fundadora, nombre con el que fue conocido. Parece que la primera ocupación de los moradores se realizó la víspera de Todos los Santos de 1603 y la primera misa de la iglesia se celebró con toda solemnidad el 11 de enero de 1604.

El primitivo templo público del Noviciado era un antiguo salón de la vieja casa del Adelantado Mayor de Castilla, construido con tapial y ampliado más tarde para aumentar la cabida de fieles. Este templo estuvo desde el principio presidido por un lienzo de San Luis Rey de Francia, donado por la fundadora, y el cual sobrevive en nuestros días. La necesidad de sustituir el viejo salón convertido en templo se hizo preceptiva cuando se hundió el presbiterio en 1695, poniendo en riesgo la vida del celebrante. Por aquellas circunstancias la nueva iglesia se edificó entre 1699 y 1731, siendo un gran proyecto de Leonardo de Figueroa y en el colabora como último director de obra su hijo Matías José de Figueroa.

Entre 1764 y 1765 se edificó en el solar del Noviciado, unas Escuelas Pías promovidas por el fundador don Nicolás de Robles y su mujer Dionisia de Encinas, estrenándose para enseñanza pública el 6 de mayo de 1765. Poco tiempo después de esa fecha, en 1767, y recién inauguradas la nueva iglesia de San Luis y las escuelas públicas, fueron expulsados los jesuitas de toda España y abandonando definitivamente el edificio la función de Noviciado. Permaneciendo sin uso casi diez y siete años, aunque diferentes fundaciones, órdenes e instituciones religiosas desearon ocupar las magnificas instalaciones y templo del Noviciado. Tras la expulsión de los jesuitas, al edificio del Noviciado de san Luis no se le dio un uso inmediato, por lo que numerosas instituciones religiosas seculares y regulares centraron en él sus peticiones debido a las proporciones del conjunto y al rico contenido del templo. La diócesis pensó en primer lugar dedicarlo a Seminario diocesano, aunque nunca se llegó a realizar el traslado; en 1778 la Sociedad de Amigos del País solicitó parte del edificio. En 1782 el colindante Hospital de Inocentes solicitó el inmueble para la ampliación de sus dependencias, pero tampoco llegó a ocuparlo. Definitivamente fue entregado a los franciscanos del convento de San Diego el 13 de junio de 1784 quienes había visto destruido por una inundación su casa del prado de San Sebastián, ocuparon el edificio durante los siguientes veinticinco años hasta la exclaustación promovida por las autoridades francesas. Con la ocupación francesa se estableció en San Luis un hospicio para sacerdotes ancianos pobres.

Tras la expulsión de los franceses regresaron en primer lugar los franciscanos descalzos de San Diego, y el 23 de abril de 1817 con el restablecimiento de la Compañía por orden de Fernando VII pudieron volver al Noviciado y a otra casa en Sevilla. En esta breve etapa de tres años los jesuitas reunieron en San Luis a 56 novicios y abrieron una escuela de estudios primarios con 800 niños pobres. Tan ambicioso proyecto quedó destruido por el Trienio Liberal ó Constitucional que en 1820 dio término al *Sexenio Absolutista* de Fernando VII. Pasados los tres

años constitucionales, y con el comienzo de la *Década Ominosa*, los jesuitas volvieron al Noviciado hasta la nueva supresión del 4 de julio de 1835, unos meses antes de la exlaustración general de todas las órdenes religiosas del 8 de marzo de 1836.

Por último, tras la exlaustración el noviciado se convertirá en Hospicio Provincial dependiente de la Diputación Provincial, aunque ampliando su edificio con el vecino y antiguo Hospital de los Inocentes, el cual se había trasladado al Hospital Central o de las Cinco Llagas.

El Hospicio estuvo atendido por las Hijas de la Caridad. Durante la Segunda República se libró de los destrozos revolucionarios, y también durante la Guerra civil, debido a la finalidad educativa y asistencial del hospicio.

El edificio permaneció abandonado desde 1968 hasta 1984 cuando se comenzó la restauración a cargo de los arquitectos Fernando Mendoza y Félix Pozo y posterior traslado al edificio en 1990 del Centro Andaluz de Artes Escénicas.

La Ratio atque Institutio Studiorum Societatis Iesu (Plan oficial de estudios de la Compañía de Jesús), editado en 1599.

Para concluir vamos a abordar el comienzo de una interesante reflexión sobre la actividad docente superior, protagonizada y llevada a cabo por la Compañía de Jesús, una tarea pionera y en un momento temprano de la Edad Moderna. En efecto, tras la fundación, y en orden a la instrucción superior de todos los pupilos, en los primeros tiempos de la Compañía surgió la preocupación por conocer y determinar cual era el mejor procedimiento para impartir la más alta instrucción a cualquier ciudadano, independientemente de que su vida estuviese destinada a cualquier actividad profesional de naturaleza intelectual o al sacerdocio.

Por ello, y pese a que inicialmente no tuvieron como fin de su actividad la docencia, se plantearon la necesidad de llegar a establecer un método completo y claro, el cual estuviese recogido en un libro, el de los *Estudios...*, un plan general de formación creado por la Compañía para todos los colegiales encomendados a su formación, tanto los del Noviciado como para los laicos.

La redacción del plan de estudios duró muchos años y comenzó bajo el generalato de Claudio Aquaviva, en 1581, quien nombró un comité de doce sacerdotes jesuitas para estudiar la formación académica que se requiere para el servicio sacerdotal y para la Sociedad, aunque en el resultado presentado no obtuvieron los resultados esperados.

En 1584 se nombró un nuevo comité de seis sacerdotes de distintas nacionalidades quienes redactaron un documento, la “Ratio de 1586”, que fue enviado a distintos Colegios de la Compañía. En la revisión se llegó a la conclusión que no había sido pensado para el uso real en las aulas, por lo que se reformó y se publicó un nuevo documento, la “Ratio de 1591”, el cual de nuevo volvió a ser probado en todos los colegios de los jesuitas durante tres años.

Los resultados finales de la revisión del plan de 1591 sirvieron al comité que estaba en Roma para crear el documento oficial final aprobado en la Quinta Congregación General en el año 1599.

La formación superior de los miembros de la Compañía

Tras el “Voto del Bienio” o del noviciado, en la nueva casa a la que fuese destinado, el religioso joven se convertían en Júnior (Del lat. iunior), profeso joven que seguía sujeto a la enseñanza y

obediencia del maestro de novicios, y comenzando la primera etapa de formación intelectual. La cual duraba otros dos años, y en ella se hacían estudios de humanidades: historia, literatura, idiomas, artes, etc., con la intención de sensibilizar al júnior hacia las diversas dimensiones y complejidades de la vida y expandir su horizonte al deseo de un servicio más universal.

Terminado los dos años del juniorado comenzaba los estudios de Filosofía, que duraban tres años y tenían por objetivo enseñar a pensar con lógica y precisión, formar el sentido crítico, abriéndose a otras maneras de pensar, y preparar las bases para los estudios teológicos.

En la formación del jesuita continuaba una etapa de Magisterio en la que se interrumpían los estudios y el jesuita se sumergía en la realidad de la vida cotidiana. Duraba dos años y su fin era contribuir a alcanzar una madurez religiosa y apostólica. Solían trabajar en alguna de las obras de la Compañía, generalmente educativa. El fin de esta etapa era confirmar su vocación y abrir el deseo por los estudios teológicos.

Avanzada ya la vida personal religiosa, y como parte del comienzo de la etapa de madurez en la formación de los jesuitas, continuaba los estudios para obtener el bachillerato de Teología. Esta etapa de estudios, con una duración de cuatro años, estaba orientada a que fuera el medio primero para el trabajo espiritual de la Compañía. Al terminar sus estudios teológicos, el estudiante pedía ser ordenado sacerdote.

Después de los estudios de Teología y ya siendo sacerdotes, los jesuitas hacían otros estudios especiales: doctorados, o estudios civiles. Concluido su periodo de formación y luego de ser ordenados -en el caso de los sacerdotes- se encontraban preparados para integrarse definitivamente a la Compañía de Jesús, realizando los “Últimos Votos” de los jesuitas.

Pese a haber realizado los “Primeros Votos” (pobreza, castidad y obediencia) al final del Noviciado, la integración plena y definitiva al cuerpo de la Compañía de Jesús se hacía mucho más adelante. De este modo, San Ignacio de Loyola concibió la Compañía como un cuerpo al que los hombres se iban integrando poco a poco.

Era entonces al final de la formación cuando los jesuitas eran invitados a hacer la Tercera Probación. Esta solía durar un semestre y se realizaba siempre en grupos, con el acompañamiento de un experimentado director espiritual, el “Instructor”. Era el tiempo propicio para hacer por segunda vez los Ejercicios Espirituales de un mes (como se hacían durante el Noviciado), para leer los textos fundadores de la tradición jesuita, y para examinar todo el tiempo vivido en la Compañía.

Sólo después de haber realizado la Tercera Probación, los jesuitas eran invitados a pronunciar los “Últimos Votos”. Confirmación e integración definitiva al cuerpo de la Compañía de Jesús. Tras el Noviciado, en los “Votos del Bienio”, los jesuitas, expresaban su deseo de vivir y morir en el interior de la Compañía de Jesús. Estos votos eran perpetuos, para siempre. Pero era al final de la formación cuando, terminados todos los estudios necesarios, el religioso ya maduro estaba listo para integrarse de manera plena y definitiva en la misión pronunciando sus “Últimos Votos”.

San Ignacio decidió añadir un voto especial, el “Cuarto Voto” de obediencia al Papa en relación a las misiones que la Compañía debía privilegiar. El Fundador buscaba enfatizar que los jesuitas estaban al servicio de la misión de la Iglesia. El “Cuarto Voto” acentuaba la disponibilidad de la Compañía de Jesús para ir allá donde el Papa, representante de la Iglesia, considerase como el lugar más conveniente para transmitir el Evangelio. Asimismo al final de la formación, y cuando el jesuita podía ser invitado a pronunciar el “Cuarto Voto” de obediencia al Papa, que suponía el mayor grado de incorporación a la Compañía, y era cuando pasaba a integrarse como

miembro de la élite intelectual y moral de los jesuitas. Desde entonces residían en las Casas Profesas, los profesos componían los cuadros de decisión de todas las instituciones de la orden.

BIBLIOGRAFÍA: *Compendio histórico de la fundacion del órden regulares jesuitas en Sevilla, sus progresos, expulsion, destinos que con este motivo se dieron á sus casas, concluyendose con su nuevo restablecimiento en virtud de los reales decretos de nuestro católico monarca el señor Fernando Séptimo.* Sevilla, Antonio Carrera, 1817. – BANDA Y VARGAS, ANTONIO DE LA: *La iglesia sevillana de San Luis de los franceses.* Sevilla, Diputación Provincial, 1977. – GANSS, GEORGE (S.J.): *Saint Ignatius' idea of a Jesuit university; a study in the history of Catholic education, including part four of the Constitutions of the Society of Jesus.* Milwaukee, Marquette University Press, 1956. – HERNÁNDEZ PALOMO, JOSÉ, J., y REY FAJARDO, JOSÉ DEL (Coords.): *Sevilla y América en la historia de la Compañía de Jesús : homenaje al P. Francisco de Borja Medina Rojas, S.I..* Córdoba, Caja Sur, 2009. – HERRERA PUGA, PEDRO (S.I.): *Los jesuitas en Sevilla en tiempo de Felipe III.* Granada, Universidad de Granada, 1971. – LEÓN, PEDRO DE (S.I.): *Grandeza y miseria en Andalucía: testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616).* Granada Universidad Pontificia de Comillas, Facultad de Teología de Granada, 1981. – LUKÁCKS, L. (ed.): Lukács, L. (ed.), *Ratio atque Institutio Studiorum Societatis Iesu, Monumenta Paedagogica Societatis Iesu, vol. 5, Monumenta Historica Societatis Iesu, 129.* Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1986, pp. 357-454. – PAVUR, CLAUDE N. (S.I.): *The Ratio studiorum : the official plan for Jesuit education.* St. Louis, TheInstitute of JesuitSources, 2005. – PÉREZ DE VALDIVIA, ALFONSO (atrib.): *Relacion sumaria de la fundacion, fabrica, y estreno, de las escuelas de primeras letras, erigidas en el noviciado de San Luis de la Compañía de Jesus de Sevilla a espensas de D. Nicolas de Robles ... y à diligencia de la Señora Doña Dionysia de Encinas ... la da a publica luz un apassionado por el bien publico de Sevilla.* Sevilla, Impr. Joseph Padrino ..., 1766 ca. – RAVÉ PRIETO, JUAN LUÍS: *San Luis de los Franceses.* Sevilla. Diputación de Sevilla, 2010. – SCHWICKERATH, ROBERT (S.I.): *Jesuit Education: Its History and Principles Viewed in the Light of Modern Educational Problems.* Saint Louis, Missouri: B. Herder, 1903. – SCAGLIONE, ALDO: *The liberal arts and the Jesuit college system.* Amsterdam, Philadelphia, John Benjamins Publishing Company, 1986. -- SOLIS, ANTONIO DE: *Los dos espejos : historia de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús en Sevilla durante sus dos primeros siglos 1550-1767;* Molina García, Leonardo (trad.). Sevilla, Fundación FocusAbengoa, 2010.

Antonio J. Albardonedo Freire